

vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle (y con sus palabras concluyo), «para conocer de veras una cosa hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella» (1). Tal aforismo se cumple en el gran enamorado de la tradición española á quien tengo el honor de presentaros, varón ciertamente privilegiado en el reparto de los dones intelectuales; pero todavía más envidiable por la generosa efusión de su alma y por la gracia insinuante de su estilo que por el rico y sólido caudal de su doctrina.

---

(1) *To know a thing, wát we can call knowing, a man must first love the thing, sympatize with it.*

(On Heroes.)

## DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

CONSIDERADO COMO POETA LÍRICO

---

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, en 1887.  
Forma parte de la serie titulada  
*La España del siglo XIX.*



SEÑORES:

**S**i yo hubiera escuchado solamente la voz de la gratitud, mucho antes de este día me hubiera presentado á vosotros, con fruto más sazonado que el de estas áridas consideraciones críticas. Pero quiso la mala suerte que, honrado yo por vuestros sufragios con cargo tan alto y honroso como el de Presidente de la sección de Literatura, ni la sección ni yo hayamos podido dar hasta la hora presente muestra alguna de nuestros trabajos, detenidos y entorpecidos por la enfermedad (dolorosa en sí misma, dolorosísima para los que bien le quieren) de nuestro primer Secretario, encargado de la memoria inaugural del presente curso. Privado por tal circunstancia de expresar mi agradecimiento al Ateneo cooperando á los trabajos de la sección en que benévolamente quiso incluirme, voy á subsanar en lo posible una falta que nace, no de negligencia mía, sino de fatal concurso de circunstancias, depar-

tiendo con vosotros familiarmente sobre un asunto también literario, pero de tan alta y trascendental literatura que, interesando á la total vida de nuestra patria, entra de lleno en el cuadro de conferencias históricas que con tanta brillantez y tanto provecho de los estudios inauguró este Ateneo en el curso anterior. Pero no esperéis de mí ni la elocuencia espléndida, ni los grandes puntos de vista sintéticos con que los oradores que me han precedido han logrado abrillantar otros temas mucho más difíciles é ingratos que el hermosísimo tema que me ha cabido en suerte. Lo que vais á tener la paciencia de oír no es un discurso sino una modesta lección de clase: á lo cual me mueve, no sólo el convencimiento de mi propia insuficiencia, sino el respeto que me inspira el gran nombre del poeta á quien voy á juzgar, prohibiéndome todo conato de lucimiento propio, y obligándome estrechísimamente á seguir paso á paso la materia, la cual es de suyo tan rica y abundante que me parece cosa imposible poderla agotar en una sola conferencia. Abarca el título de la presente, no sólo la consideración de D. Manuel José Quintana como poeta lírico, sino también el estudio de la poesía lírica de los primeros años del siglo XIX en sus varias escuelas y manifestaciones.

Pero yo esta noche sólo hablaré de los poetas líricos contemporáneos de Quintana en cuanto tienen relación con él y pueden servir para explicar el rumbo que tomó su inspiración y cuáles fueron los caracteres distintivos de sus obras. Y aun en el mismo Quintana me concretaré al poeta lírico, dejando casi totalmente en la sombra las demás manifestaciones de su ingenio, con haberlas muy dignas de singular ponderación y encomio.

Ante todo, prescindiré del Quintana histórico, del Quintana político, del Secretario de la Junta Central, del organizador de la Instrucción Pública sobre nuevas bases, del patriarca y apóstol de las doctrinas que después se llamaron progresistas, del perseguido y encarcelado en 1814, del desterrado en 1823, de aquella figura estoica y rígida, toda de una pieza, fundida artificialmente en el molde de los Catones y de los Brutos.

Este Quintana lleva en sí la raíz del Quintana poeta; pero sólo puede y debe interesarnos en cuanto las ideas y pasiones de Quintana han trascendido á su poesía, dándole el color y el ímpetu que tiene.

Quintana fué, además de poeta lírico (y con mayor ó menor fortuna), poeta trágico, historiador, crítico y escritor político.

Bajo estos conceptos también hemos de juzgarle muy someramente. Quintana no te-

nía verdadero temperamento dramático. Sus dos tragedias son ensayos de escuela, imitaciones de las tragedias de Alfieri, llenas de versos hermosísimos, de elocuencia tribunicia, de nobles y generosos afectos, que se desarrollan por medio de una fábula simple y desnuda, en la cual no se ve más rostro ni se oye más voz humana que la voz y el rostro del poeta. En *El Duque de Viseo*, cuyo argumento está tomado de un drama inglés (1) de Lewis, hay quizá el germen de un poema romántico; pero el autor ha esterilizado totalmente el dato primitivo, tratándolo al modo clásico francés, y convirtiéndolo en una declamación de colegio. Además, los afectos que debían imperar en la obra no tienen relación ni parentesco alguno con los que regían y dominaban el alma de Quintana, nada tierno, nada sentimental, nada soñador, como iremos viendo. Esta pieza, aun en su tiempo, tuvo muy poco éxito; el mismo Sánchez Barbero, humanista insigne y uno de los mayores amigos de Quintana, compuso contra *El Duque de Viseo* una sátira latina que vive en la memoria de algunos curiosos, y que ridiculiza, no sin gracia, el énfasis y la pompa de la tragedia y de su autor:

*En patet incessu majestas celsa Visæi.....*

(1) *The Castle Spectre.*

En *El Pelayo* hay algo más: hay la pasión patriótica del poeta; la amplificación elocuente de ideas siempre gratas á un auditorio español; hay la aspiración á la libertad todavía mal definida; hay, en suma, una especie de grito profético, que parece descubrir y anunciar en el horizonte los primeros amagos de la invasión francesa. *El Pelayo*, pues, obra de escasas condiciones dramáticas, cobra inesperado valor á los ojos del crítico, cuando éste prescinde de su floja textura escénica, y la considera como una oda más entre las odas patrióticas de Quintana, como un discurso tribunicio que los súbditos de Carlos IV y de María Luisa se veían reducidos á escuchar en el teatro, ya que no podían oírle ni en la plaza ni en una asamblea deliberante. La lección hizo su efecto en 1805; y aun leída hoy mismo, nos parece elocuente, y vino de seguro á despertar energías dormidas en el pecho de los que habían de ser muy pronto los vencedores de Bailén y los defensores de Zaragoza. Obra artística que tales victorias gana lograda tiene la inmortalidad con esto solo, aunque la falte absolutamente color local, aunque los personajes no tengan individualidad ni carácter propio, aunque la acción se arrastre lánguidamente, aunque la misma efusión oratoria tenga más del parlamento que del teatro.

Como historiador tampoco hemos de juzgar á Quintana. No lo fué de primer orden, pero merece un puesto muy relevante entre los de segundo; y si consideramos el estado de nuestras letras en su tiempo, no hay en España, á principios del siglo xix, quien pueda disputarle la primacía, aunque en rigor no escribió historia crítica y extensa, sino fragmentos biográficos, no todos de igual precio. Faltábale á Quintana, como historiador y biógrafo, la que pudiéramos llamar *imaginación retrospectiva*, la que resucita y pone de nuevo á nuestros ojos las civilizaciones que perecieron, la que simpatiza y se encariña con las épocas pasadas, y aspira á comprenderlas lealmente, hasta cuando no participa de sus ideas ni de sus sentimientos.

Nada más contrario que esto á la índole de Quintana, hombre de escasa imaginación plástica, poeta nada dramático, mucho más lírico que épico, poeta inflexible y de una sola cuerda, y además sectario de una escuela, enamorado de un ideal que no transigía ni daba cuartel á los ideales pasados, discípulo de la escuela ideológica del siglo xviii en filosofía, en moral, en política, y encariñado, por tanto, con cierta construcción *a priori* de la sociedad, con cierta concepción abstracta é invariable del hombre, sin atención á tiempos ni á lugares, desde-

ñando ó relegando á segundo término toda la variedad inmensa y pintoresca de la vida, todos los múltiples hilos que van tejiendo la riquísima trama de la historia.

Pero Quintana era al cabo hombre de grandísimas facultades intelectuales, y en ciertos casos llegó á hacerse saludable violencia, mostrando dotes, no sólo de imparcial y rectísimo juez, sino de narrador animado y elegante, de verdadero discípulo de Plutarco.

Comparando entre sí los tres volúmenes de las *Vidas de Españoles Célebres*, se nota bajo este aspecto un progreso muy visible. La mayor parte de las biografías del primer volumen, impresas en 1807 y obra de la juventud de Quintana, son descoloridas y monotonas; las del *Cid* y *Guzmán el Bueno* pueden presentarse como dechado de la manera pobre y raquítica con que los eruditos de principios de nuestro siglo interpretaban la Edad Media; la misma biografía del Gran Capitán, escrita con calor y vivacidad, tiene traza de vistosos encajes más que de cosa sólida y maciza. Nada hay en verdad de primer orden en ese volumen más que la vida de Roger de Lauria, á quien con poca razón puso entre los nuestros, puesto que nació en Sicilia, aunque en servicio de Aragón hiciese sus mayores proezas. Pero lo cier-

to es que en la vida del terrible *condottiere* marítimo, ante quien ni los mismos peces pudieron moverse en el Mediterráneo sin llevar en sus escamas las barras de Aragón, inflamada la fantasía de Quintana por la grandeza siniestra y fatídica del personaje, tan de mano maestra retratado en las crónicas de Desclot y Muntaner, alcanzó una pujanza de efectos artísticos á que no llega ninguna de sus biografías anteriores.

Mucho las aventajan las que un tercio de siglo después, en 1830 y 32, imprimió Quintana. Más extensas y documentadas, estudiado con más profundidad el héroe y la época, más puro y acrisolado el estilo, libre el lenguaje de los frecuentes galicismos que afean la primera serie, más rica de detalles pintorescos la narración y más sereno y firme el juicio... nadie dejará de contar entre las mejores lecturas de este siglo la de las vidas de *D. Alvaro de Luna*, *Vasco Núñez*, *Francisco Pizarro*, y *Fr. Bartolomé de las Casas*. Nunca hay que buscar en el autor imparcialidad absoluta: se lo vedaban sus rencores políticos; pero aun en éstos habían traído los años cierto apaciguamiento. Por otra parte, Quintana no era erudito de profesión ni se entregaba con total desinterés á la ardua labor crítica que desentraña, com-

pulsa y pesa los testimonios; pero era estudioso y honrado, y en estas últimas *Vidas* dió á conocer hechos y documentos nuevos, y trajo la luz á muchos puntos dudosos: lo cual pocos le agradecieron ni celebraron, sin duda porque no exponía sus descubrimientos en la forma áspera é indigesta de las monografías académicas; sino que escribía libros populares, juntando en ellos la utilidad con el deleite.

A Quintana como crítico he tenido ocasión de juzgarle recientemente, y no llevaréis á mal que en este punto insista más que en los anteriores, porque el conocimiento de las ideas que un poeta profesa sobre el arte literario es conocimiento preliminar é indispensable para comprender la poética que en sus propias obras practica.

Hemos dicho ya que Quintana se educó en la más severa disciplina clásica. Sus más encarnizados adversarios, los Capmanys, los Tineos, le acusan de graves pecados contra la pureza del habla, pero no de haber infringido ley alguna de las que entonces formaban el código de buen gusto. El caballo de batalla de la pobre crítica de Tineo y de Hermosilla era si sus cantos líricos debían llamarse *odas* ó *silvas* ó *canciones*, negándoles el primer nombre, porque generalmente no estaban en estrofas regulares. Quintana, como previendo

esta cuestión pueril, no había querido ponerles nombre alguno. ~

En 1791 Quintana presentó á cierto curso de la Academia Española un ensayo en tercetos sobre las *Reglas del drama* (1). La doctrina de este ensayo es la de Boileau en toda su pureza. Acepta el principio de *imitación* sin explicarle. Pasa dócilmente por todo el rigor de las unidades:

Una acción sola presentada sea  
En solo un sitio fijo y señalado,  
En solo un giro de la luz febea.

Aconseja mezclar el gusto local con el interés universal y permanente. Muestra su natural inclinación en preferir á todo otro género dramático la tragedia, y dentro de la tragedia,

Siempre formas en grande modeladas.

Expresa en magníficos tercetos la admiración que siente por Racine y aún más por Corneille. Condena ásperamente los horrores de Crébillon y de Du Belloy. Considera la tra-

(1) Impreso por primera vez en la edición de las *Poesías* de Quintana hecha en la Imprenta Nacional en 1821 (tomo II).

gedia como lección solemne á pueblos y príncipes:

Que el trágico puñal con que lastima  
El pecho del oyente estremecido,  
*Verdades grandes y útiles imprima;*

y da á Molière por tipo eterno y único de la comedia:

..... A tus pinceles  
¿Quién igualó jamás, pintor divino?

Verdad es que al fin del *Ensayo* se leen ciertos versos en loor de los antiguos dramáticos españoles, y ellos serían suficientes para probar que Quintana nunca fué del todo insensible á sus bellezas, aun acusándolos de haber *desdeñado el arte*.

Pudo con más estudio y más cuidado  
Buscar la sencillez griega y latina,  
Y en ella alzarse á superior traslado.  
Mas esquivó, cual sujeción mezquina,  
La antigua imitación, y adulta y fuerte  
Por nueva senda en libertad camina.  
Desdeña el arte, y su anhelar convierte  
A darse vida y darse movimiento  
Que á cada instante la atención despierte.  
.....  
En vano austera la razón clamaba  
Contra aquel turbulento desvarío  
Que arte, decoro y propiedad hollaba.  
A fuer de inmenso y caudaloso río,  
Que ni dique ni márgenes consiente  
Y en los campos se tiende á su albedrío,

Tal de consejo y reglas impaciente,  
Audaz inunda la española escena  
El ingenio de Lope omnipotente.

Más enérgico y grave, á más altura  
Se eleva Calderón, y el cetro adquiere,  
Que aún en sus manos vigorosas dura.

Quintana se dió á conocer desde muy temprano como crítico. Para estudiarle en tal concepto no basta el tomo llamado con inexactitud *Obras completas*, que él mismo formó para la *Biblioteca* de Rivadeneyra. Sólo dos de los opúsculos de su mocedad figuran en ella, y ambos enteramente refundidos: la *Vida de Cervantes*, escrita para una edición del *Quijote* que hizo la Imprenta Real en 1797, y la *Introducción histórica á la colección de poesías castellanas*, impresa en 1807, y adicionada luego con otro volumen y con importantes notas críticas en 1830. Pero fueron muchos más los estudios juveniles de Quintana, y para conocerle plenamente hay que acudir á los tomos 14, 16 y 18 de la *Colección de poetas castellanos* de D. Ramón Fernández (Estala), que contienen prólogos de Quintana á la *Conquista de la Bética* de Juan de la Cueva, á los *Romanceros y Cancioneros españoles*, á *Francisco de Rioja y otros poetas andaluces*; y, sobre todo, recorrer despacio

la colección de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, importante revista que comenzaron á publicar Quintana y sus amigos en 1803, y que duró hasta 1805. Todos estos escritos son sensatos, discretos, ingeniosos; arguyen fino discernimiento y verdadero gusto; pero no se trasluce en ninguno de ellos el menor conato de independencia romántica. En Quintana, como en Voltaire, contrasta la timidez de las ideas literarias con la audacia de otro género de ideas. La crítica de Quintana es la flor de la crítica de su tiempo; pero no sale de él, no anuncia nada nuevo. Tiene la ventaja que tiene siempre la crítica de los artistas, es decir, el no ser escolástica, el no proceder secamente y por fórmulas, el entrar en los secretos de composición y de estilo, el reflejar una impresión personal y fresca. Quintana no ahonda mucho en el espíritu de Cervantes, pero en su parte externa nadie ha elogiado mejor «aquel poema divino, á cuya ejecución presidieron las gracias y las musas». Ha juzgado bien á Corneille, pero sacrificando demasiado á Guillén de Castro, y sin penetrarse de las condiciones en que se desarrolló la leyenda dramática castellana. En la controversia que sostuvo con Blanco sobre el Cristianismo como elemento poético, indudablemente lleva Quintana la peor parte, cegado por la falsa doctrina de



Boileau, y más todavía por sus propias preocupaciones antirreligiosas. Es un absurdo afirmar, como afirmaba Quintana, que el poeta que trate asuntos religiosos (aunque se llame Milton ó Klopstock) ha de mostrarse por necesidad «desnudo de invención, tímido en los planes, y triste y pobre en el ornato». El buen gusto de Quintana aparece ofuscado aquí por su intolerancia de sectario. Blanco, que era en aquella fecha tan poco creyente como él, sentía mejor el valor estético de la emoción religiosa, y su refutación en esta parte es sólida y convincente.

Además, Quintana, en esta su temporada crítica, distaba mucho de haber roto las ligaduras de la Retórica. Daba suma importancia á las distinciones jerárquicas de las varias clases de poesía, y así le vemos disertar laboriosamente sobre la supuesta diferencia entre el *idilio* y la *égloga*, sin hacerse cargo de que con dar las respectivas etimologías, acompañadas de un poco de historia literaria, estaba la cuestión resuelta, ó, más bien, tal cuestión no era posible. Pero la crítica andaba entonces tan lejos de toda desviación de la rutina, que hasta pareció exceso de osadía en Quintana su razonada defensa del verso suelto, que es el más excelente de sus artículos y el más digno de leerse y meditarse.

Otro mérito hay que conceder á Quintana; el de haber sido el primer colector de romances y el primer crítico que llamó la atención sobre este olvidado género de nuestra poesía. Pero no nos engañemos ni hagamos este mérito mayor de lo que es. Quintana no conoció los romances viejos, los primitivos, los genuinamente épicos, los que hoy ponemos sobre nuestra cabeza. El haberlos distinguido de los otros no es gloria de Quintana, ni siquiera de Durán, sino de Jacobo Grimm, celoso de la filología, el cual, en su *Silva de romances viejos* (Viena, 1815), sentó la verdadera clasificación de ellos y la verdadera teoría de nuestro verso épico, desarrollada luego admirablemente por Milá y Fontanals, y entendida de muy pocos. El romancillo que Quintana formó en 1796 para la colección Fernández no está compuesto de estas reliquias preciosísimas de antiguas rapsodias épicas, sino de sus imitaciones degeneradas de principios del siglo xvii, composiciones nada populares (aunque algunas se popularizaron luego), y enteramente subjetivas y artificiales. Quintana en aquella fecha no conocía los rarísimos y venerandos libros en que se custodia nuestra tradición épica, el *Cancionero de romances* de Amberes, la *Silva* de Zaragoza. No exijamos de Quintana lo que sólo en nuestros días han podido rea-

lizar Wolf y Hoffmann. Quintana no vió más que uno de los últimos romanceros, el *General de Madrid* (1604), y un solo *Cancionero* también, el *General de Castillo*, probablemente en la mutilada edición de Amberes de 1573. Con estos elementos, y no más que éstos, formó su colección, en la cual, por otra parte, el texto está arbitraria y caprichosamente alterado, como Gallardo demostró (1) largamente. El prólogo, aunque ligero, contiene ideas que entonces por primera vez se expresaban y que luego alcanzaron mucha fortuna, v. gr.: que «los romances son propiamente nuestra poesía lírica» (mejor se diría *épico-lírica*), y que «ellos solos contienen más expresiones bellas y enérgicas, más rasgos delicados é ingeniosos, que todo lo demás de nuestra poesía».

Con todas las lagunas que pueden notarse en su crítica, Quintana no dejaba de ser el humanista más ilustrado de su tiempo. Su colección de poesías selectas castellanas nos parece hoy algo pobre y raquítica; pero dentro de su escuela ni se hizo ni se podía hacer otra mejor. El *Parnaso Español* era un

(1) Vid. *Reparos criticos al Romancero y Cancionero*, publicado por D. Manuel Josef Quintana en la colección de D. Ramón Fernández. (Núm. 6.º de *El Criticon*, que se imprimió póstumo en 1859. Gallardo había hecho este trabajo en la Cárcel de Sevilla, en 1824.)

fárrago; la colección Fernández, una serie de reimpressiones sin plan ni criterio. Quintana tuvo, es cierto, la desventaja de no ser erudito de profesion, ni muy curioso de libros antiguos, y sólo á esto puede atribuirse la omisión de ciertos autores y de géneros enteros de nuestra poesía que, de otra suerte, no hubiera dejado de incluir, siendo, como era, tan delicado su gusto y tanta su aptitud para percibir la belleza. En las tres introducciones que preceden á las tres partes de esta colección (1), especialmente en las dos últimas, la del siglo xviii y la de la *Musa Epica*, escritas en la plena madurez de su talento y de su estilo, hay juicios que han quedado y deben quedar como expresión definitiva de la verdad y de la justicia; hay generalmente moderación en las censuras, templanza discreta en los elogios, amor inteligente á los detalles y á la práctica del arte, y cierto calor y efusión estética, que contrastan con la idea que comúnmente se tiene del genio de Quintana. Por muy estoica é indomable que fuese su índole, no podía carecer, como gran poeta, de la facultad de entusiasmarse con las cosas bellas. Esta facultad tan rara y pre-

(1) Poesías de los siglos xvi y xvii (tres tomos).—Poesías del siglo xviii (un tomo).—*Musa Epica* (dos tomos) (1830 á 1833).

ciosa hace que su crítica, incompleta sin duda y poco original en los principios, se levante á inmensa altura sobre el bajo y rastro de los gramáticos de compás y escuadra. Otra de las cualidades que le hacen más recomendable, y que en cierto modo contrasta con el carácter absoluto, rígido é intolerante de las doctrinas que en otros órdenes profesaba Quintana, es la discreción, el tacto, la cordura que pone en todos sus juicios (dejándose cegar muy pocas veces por antipatías personales ó prevenciones y resabios de polemista), y, en medio de una ilustrada severidad, el deseo y el cuidado de no ofender ni herir bruscamente las aficiones de nadie. Esta flor de aticismo y de cultura, esta *buen educación literaria* que constantemente observó Quintana en su crítica, y tanto más cuanto más adelantaba en años (1), no perjudica de ninguna manera á la firme é ingenua expresión de sus convicciones. Por demás está advertir que no son dogmas ni mucho menos todas las sentencias críticas que formula. Los artistas llevan siempre á la crítica más calor, más elocuencia y más amenidad que los profanos; pero llevan también

(1) El discurso preliminar á la *Musa Epica* es lo mejor que en prosa escribió Quintana; todo es allí excelente, así los pensamientos como la dicción, mucho más correcta y castiza que en sus escritos anteriores.

los inconvenientes de su peculiar compleción literaria, y juzgan mejor aquello que menos se aleja de lo que ellos practican ó prefieren en sus obras. Así Quintana comprende y juzga bien á los líricos grandilocuentes como Herrera, y á los poetas nerviosos y fuertes como Quevedo, y hasta cierto punto á los poetas brillantes y pintorescos como Valbuena y Góngora; pero siente muy poco el lirismo suave y reposado de Fr. Luis de León, ó la grave melancolía de Jorge Manrique, ó la poesía reflexiva de entrambos Argensolas, y admira á todos estos autores con tal tibieza, que contrasta de una manera singular con los elogios que liberalmente prodiga á otros de mucho más baja esfera, especialmente á los del siglo XVIII, con quien su indulgencia llega á parecer parcialidad. Y esto aun tratándose de los géneros clásicos, que son una parte pequeña de nuestro tesoro literario, porque en cuanto al teatro, le comprendía tan mal y le sentía tan poco, que llegó á escribir que «de los centenares de comedias de Lope apenas habrá una que pueda llamarse buena», confundiendo sin duda lo bueno y aun lo sublime que puede darse en todos los géneros y escuelas, y que á cada paso se da, con asombrosa fertilidad, en Lope, con lo regular y acabado, que es una perfección de género distinto, ni mayor ni

menor, propia de Virgilio, de Racine y de otros espíritus de muy distinta familia que los nuestros. Los unos concentran la belleza en un punto solo, los otros la derraman pródiga y liberalmente por todo el ancho campo de una producción inmensa. Aplicar á los unos y á los otros igual medida crítica es faltar á la justicia y confundirlo todo.

Verdad es que en materia de teatros era la crítica de Quintana más atrasada y tímida que en lo restante. Ya hemos visto que desde su juventud admiraba fervorosamente la tragedia francesa, y no sólo en sus obras maestras, sino en otras bien medianas, ante las cuales parece un prodigio la más descuidada comedia de Lope. Así le vemos citar, como prototipo de perfección dramática, el *Tancredo*, debilísima obra de la vejez de Voltaire, y que ya en 1830, cuando Quintana escribía esto, ni se leía ni se representaba en Francia (1). Y aunque él fué uno de los primeros que pronunciaron en España (en 1821) el nombre de *escuela romántica* (2), no fué para adoptar ninguno de sus principios, sino para vacilar un poco en la cuestión de las unidades (que tantos españoles del siglo pasado habían impugnado, entre ellos su propio

(1) *Obras de Quintana* (ed. Rivadeneyra), pág. 125.

(2) *Idem*, notas á las *Reglas del Drama*, pág. 81.

maestro Estala), no llevándole tampoco esta vacilación más allá que á reconocer que «si hay grandes razones en pro, hay grandes ejemplos en contra»; á pesar de lo cual él persistía en sentar como principio que «la severidad es necesaria en todo lo que pertenece á la verisimilitud, y que no deben concederse al arte más licencias que aquellas de donde pueden resultar grandes bellezas», lo cual viene á ser un principio ecléctico, que deja abierta la puerta para alguna, aunque escasa y restringida, libertad. Pero era tan sano y certero el instinto crítico de Quintana, que al investigar las causas de la esterilidad de todos los esfuerzos hechos en la centuria pasada para implantar la llamada tragedia española, no dudó en declarar que semejantes humanistas dramaturgos (entre los cuales él mismo figuraba como uno de los mejores) para nada habían tenido en cuenta la imaginación, el carácter y los hábitos propios de nuestra nación. «*Para que la tragedia pueda llamarse nacional (añade) es preciso que sea popular.*»

Estas fueron las únicas concesiones que en teoría hizo Quintana á las nuevas ideas: en la práctica ninguna, si se exceptúa el gracioso romance de *La Fuente de la Mora Encantada*, escrito en 1826. Tampoco les fué sistemáticamente hostil: lo que hizo fué no

tomar parte alguna en la contienda. Por eso, habiendo fallecido ayer, nos parece un varón de otras edades, con todo el prestigio monumental que á otros comunica la lejanía.

Y con esto hemos entrado de lleno en el asunto propio de esta conferencia, es decir, Quintana considerado como poeta lírico. Y la primera cuestión que debemos resolver es la siguiente: «Quintana, como poeta, ¿pertenece al siglo XVIII ó al XIX?» Para nosotros la respuesta no es difícil: Quintana, que no escribió composición alguna de verdadera importancia después de 1808; Quintana, que en 1797 había compuesto la oda *A Padilla*, y en 1800 la oda *A la imprenta*; Quintana, enciclopedista, optimista é ideólogo, discípulo de la escuela francesa del siglo XVIII en la esfera de las ideas sociales, cantor inspiradísimo de la filantropía, del *panfilismo*, de la libertad política abstracta, de todas las ideas expuestas por los Condorcet y los Turgot; Quintana, que es, por decirlo así, el poeta del año 89; Quintana, que en la esfera del arte no transigió jamás con el romanticismo ni en la teoría ni en la práctica; Quintana, clásico puro que respeta la autoridad de Boileau, que admira la tragedia clásica francesa hasta en sus obras medianas ó insignificantes; Quintana, discípulo predilecto de Meléndez, patriarca de la escuela salmantina, renovador de las formas

de la oda clásica... es, por cualquier aspecto que se le mire, un poeta del siglo XVIII. Las ideas que son propias y exclusivas de nuestro tiempo, Quintana ni las aceptó ni las cantó, ni las conoció siquiera. Toda su vida fué liberal en política y clásico en literatura: no fué nunca demócrata ni romántico, ni mucho menos naturalista.

Lo que hay es que Quintana, por la sola virtud de su estro poético y de su alma ardiente y vigorosísima, se levanta de tal modo sobre el vulgo de los poetas de su siglo, y de tal modo los obscurece y deja en la sombra, que colocado entre dos centurias, parece, á la vez que el testamentario de una época que fenece, el heraldo y el nuncio del nuevo sol que se levanta en el horizonte. ¿Qué era, en efecto, la poesía lírica española del siglo en que Quintana vió la luz? No era, como se ha dicho, una derivación ni una secuela de los escasos y medianos poetas líricos que hasta entonces había producido Francia, y que nunca fueron aquí ni muy estudiados ni conocidos apenas. Nada debe nuestra lírica del siglo pasado á Malherbe, ni á Racan, ni á Juan Bautista Rousseau (1). El influjo de Fran-

(1) No hay que hablar de Ronsard ni de la *pléyada* del siglo XVI, porque estos poetas estaban no ya olvidados sino vilipendiados en Francia, hasta que los rehabilitó la crítica del Romanticismo por boca de Ste-Beuve.